

# Palabras al margen

## De la muerte de Pedro Garfias

No obstante la fama que su nombre alcanzó durante la guerra civil española, como autor de romances cuyo son llegaba a las trincheras, a los hospitales, a la retaguardia, a reavivar la fe en la lucha por la causa del pueblo; no obstante haber sido, años antes, uno de los pilares del ultraísmo; no obstante haber escrito en el destierro de Inglaterra un libro de extraordinaria altura lírica, *Primavera en Eaton Hastings*; no obstante ser autor de poemas definitivos, como los contenidos en *Río de aguas amargas*, Pedro Garfias es un poeta que no figura aún más que en tres o cuatro de las mil quinientas antologías de poesía española contemporánea que hay. Los libros suyos casi no han tenido crítica hasta ahora. Su fotografía no se exhibió en la librería de Zaplana en aquella ocasión en que se expusieron los retratos de una legión entera de escritores, mexicanos o no, que viven en México. En las crónicas sociales que se ocupan cada vez más de los vinos de honor ofrecidos a pintores, poetas, etcétera, no apareció jamás el nombre de Pedro Garfias. Ninguna periodista le hizo una entrevista nunca.

Pedro Garfias no tuvo casa. Tampoco tuvo un trabajo seguro del cual poder vivir. En ninguna institución de cultura, oficial o no, tuvo una beca o cobró un sueldo. Nunca cobró un sueldo. Vivió en hoteles, en pensiones, en casa de algún amigo o en la calle, según corrían los tiempos; en México, en Puebla, en Gua-

najuato, en Guadalajara, en Monterrey, siempre de aquí para allá, con sus sesenta y cinco años a cuestas, durmiendo en los camiones, de camino a dar recitales de sus versos. De eso comía y bebía.

Sería falso concluir de lo anterior que Pedro Garfias fue una víctima del medio que le perteneció, el intelectual. Nadie es culpable de que fuera como fue. Ni él mismo. Más todavía, ¿quién podría asegurar que es malo que fuera como fue? Al final, a lo mejor resulta que lo malo es no ser así. Del caso de Pedro Garfias tal vez sólo pueda sacarse como conclusión que todo lo que Pedro Garfias no poseyó, todo en lo que él no participó, no tiene al cabo valor ninguno, pues hubo un hombre que no gozó de ello, y fue, sin embargo, Pedro Garfias, es decir, un gran poeta. Pedro Garfias podría ser un ejemplo de que lo mejor del ser humano —su espíritu, su poesía— se da o no se da al margen absolutamente de su circunstancia gremial, sin que ésta de ninguna manera lo determine. He aquí el momento para los que vivimos demasiado inmersos en ella, de reírnos discretamente de nosotros mismos. Y luego quizá llegue también el momento de recordar con profundo respeto un poema de este hombre descomulgado de mafias, y confrontaciones y olimpiadas culturales; este romance, por ejemplo, que con tanta verdad lo retrata y que corre de esta manera:

Aquí estoy sobre mis montes,  
 pastor de mis soledades.  
 Los ojos fieros clavados  
 como arpones en el aire.  
 La cayada de mi verso  
 apuntalando la tarde.  
 Quiebra la luz en mis ojos  
 la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos  
 retumbos de tempestades.  
 mi corazón se acelera  
 sobre el volar de las aves,  
 vibra mi sien al zumbido  
 de los vientos y los mares.  
 . . . Y aquí estoy sobre mis montes,  
 pastor de mis soledades.

Luis Rius

---

## De YURIA, de Jaime Sabines

De los libros de poesía publicados en México en lo que va de año, uno de los más dignos de señalarse es *Yuria*, de Jaime Sabines. Desde su primer libro, *La señal*, tal vez la constante de la poesía de este autor sea una búsqueda de expresión natural, próxima al habla coloquial, sagazmente conseguida muchas veces, que dotan a sus poemas de una emoción súbita y próxima. La virtud de esa naturalidad en Sabines es, paradójicamente, la extrañeza que en el lector produce el encuentro de la expresión tan directa y desnuda adecuada a determinadas ideas, como cuando en un poema, por ejemplo, dice: "Necesito morirme siquiera una semana", o, en otro: "¡Qué costumbre tan salvaje ésta de enterrar a los muertos!"

Hoy, entre los poetas mexicanos más famosos, Sabines está solo como representante de esa tendencia expresiva que busca el efecto de la espontaneidad para infundir autenticidad y calor a su palabra. La tendencia contraria es la que, en cambio, se halla más poblada de nombres: Octavio Paz, Rubén Bonifaz Nuño, Ho-

mero Aridjis, etcétera. Y no deja de ser valioso eso, que, al fin y al cabo, podría tomarse como prueba de valiente afirmación de una personalidad en medio de un clima, si no hostil, sí poco hospitalario para ella.

En Jaime Sabines, visto este libro suyo a otra luz, es también evidente su escasa autocrítica, que le lleva a reunir en un mismo volumen poemas muy buenos con otros malos. Pero si traigo esto a colación, no es para reprochárselo, ya que sería inútil, pues probablemente es ésta una característica irremediable en él como en tantos ilustrísimos poetas de todos los tiempos, sino, en cambio, para objetar a un cierto tipo de crítica que "promedia" la calidad de los distintos poemas de un autor para establecer la calidad última y definitiva de éste. ¡Cosa más absurda! Un solo poema es —cada vez— la expresión última y definitiva de su autor, y el que logra un gran poema es un gran poeta, sin que deba mermarle esa consideración su propia malhechura de otros.